



La gratitud del recuerdo siempre es compensatoria. Es como esa cestita llena de pequeñas florecillas que, además de dar a nuestros ojos el agradable marco de lo sencilla belleza, moderan, perfuman y nutren espiritualmente nuestras evocaciones. Volver atrás la mirada hacia aquellos momentos felices de la vida que fueron tránsito y camino hacia el presente, no solo es reconfortante y alegre, sino consecuentemente comparativo. Es enseñanza y contraste de muchas facetas y estampas, donde la ilusión de otros instantes, fueron marcando hitos en las maneras, modos y estilos de consecución de la vida misma. Por ello, siempre se mira hacia atrás con nostalgia; aunque solo sea por recordar y traer al instante, felices y alegres momentos, estilos, o transitivos modos de enfocar felizmente, lo que la época daba.

Estos días agobiantes de calor impropio de la época, - apenas ha entrado el verano-, nos salimos a esas terrazas de nuestros pisos vivienda (minúsculos compartimientos exteriores, llamados así pomposamente, por los constructores) y un tanto apiñados, porque los metros cuadrados no dan para más, tratamos de sedar los ardores que manan del propio ambiente y de las cantidades de calor, que durante todo el día ha ido almacenando los pavimentos asfálticos, adoquines, o cualquier otro de carácter artificial. Y acuden a la pantalla del cine del recuerdo, aquellas otras noches de muchos años ha, donde en la calle, con el propio pavimento de tierra y aposentados sobre las aceras de baldosa de cemento, nos sentábamos a "tomar el fresco", en nuestras bajas sillas de anca, que recostábamos inclinadas sobre las paredes para tratar de sentirnos como en un canapé rústico, y con el botijo al lado. Sí, el botijo; ese sencillo, viejo y valioso acompañante, recipiente especial de barro poroso, que contenía y refrescaba el agua de modo y manera deliciosos. Con su vientre abultado y sus pitorros; uno para verter el agua y beberla, en chorro apetecido y juguetón, y el otro, de boca artísticamente adornada en forma de embudo para llenarlo, donde era tapado con aquellos gorritos de hilo en forma de caprichosa red, tejidos por las manos caseras, para que no entrasen insectos. Con un asa redonda, generalmente, en su parte superior, para asirlo y manejarlo. Era esa alcazarra, vasija de arcilla porosa y poco cocida, que rezumaba agua proporcionalmente, logrando con ello que se produjese la consecuente evaporación por exudación y que enfriaba la mayor cantidad que lógicamente quedaba dentro de la misma.

El propio lugar, la simple y escueta calle, sencilla y rústica, ya había desprendido de la tierra o

Botijos y cántaros

arena de su pavimento el calor con que la había agasajado durante todo el día el Sol. En las paredes de tapial, encaladas, de las casas, quedaba la tibieza de los rayos recibidos. El aire, en forma de brisa veraniega, agradable y confortante, desalojaba de nuestros cuerpos las calorías sobrantes, y cuando iba entrando la madrugada, -un poco más allá de las doce de la noche-, el ambiente se tornaba fresco, porque llegaba el relente veraniego, aquella preciosa y apetecible humedad de la atmósfera en las noches serenas. Entonces, la mayoría recurría a taparse con la chaqueta liviana, con la del pijama, o con cualquier otra prenda, gozando de manera consecuente y tranquila de aquella paz y armonía, que rematábamos con un largo trago de agua fresca del botijo, al que previamente habíamos colocado en lugar donde hubiese corriente de aire, generalmente en las esquinas. Era el frescor natural, el sabor a lógica sensación térmica de lo

puro, de lo sencillamente resultante del procedimiento ancestral de haber enfriado el agua por el cauce de lo que no admite procedimiento artificial. Al igual que los cántaros en las casas de campo, llenados con aguas de los pozos y aposentados en sus cantareras de dos, tres o cuatro plazas, donde el agua que iban rezumando, por ese fenómeno físico de la evaporación, era recogida en aquellos platos de hierro aporcelanado, o de loza, que al desportillarse quedaban para estos menesteres.

Tanto los botijos, como los cántaros, han pasado casi definitivamente al baúl de los recuerdos. Cerca, muy cerca de aquí, tenemos aquellas alfarerías de barro colorado de Chinchilla de Montearagón, donde se hacían botijos de invierno y verano. Los primeros, una vez modelados en el torno, se les bañaba con barniz que luego cristalizaba en la cochura; los de verano se dejaban en el estado natural del barro amasado y conformado, para que una vez cocido, resultasen exudantes sus paredes y se consiguiese el agua fresca que refrescaba sanamente nuestras gargantas. Los botijos blancos, provenían de Agost, pueblo cercano a Alicante, que generalmente hacían el agua más fresca que ninguno. Pero, tanto los de un lugar como de otro, siempre cumplieron aquella faceta interhumana de saciar la sed, de ser ese objeto de unión consecuente que siempre agrupó a los hombres alrededor de una relación sencilla, humana y convivencial.

Mañana, si los hay aun, trataré de comprarme un botijo. No solo para beber de su agua refrescada naturalmente y dotarlo de los aditamentos citados; si no para tenerlo como símbolo social y tratar de volver otra vez a aquellas secuencias de hermandad, afecto y sincera relación entre los hombres.

Cerca, muy cerca de aquí, tenemos aquellas alfarerías de barro colorado de Chinchilla de Montearagón, donde se hacían botijos de invierno y verano



Martín
Giménez
Vecina